

irisada, a intervalos, por bellas frases, como aquellas que aparecen en sus libros repletos de pedrerías verbales como los cofres de los viejos sultanes, indolentes y sanguinarios.

¡Ah! También advertimos que don Ramón ha envejecido más de lo que suponíamos nosotros, los que le conocemos gracias a los retratos que figuran en sus libros. Ciertamente, Valle Inclán continúa teniendo las «barbas de chivo» y una deslumbradora mirada a través de sus grandes lentes de carey. Ciertamente este insigne escritor, que tiene, además de la debilidad de las letras, la de las armas, continúa andando marcialmente, aunque sin afectación. Pero el tiempo ha aventado ya un puñado de cenizas en sus cabellos y cincelado su frente con algunas profundas arrugas. Su palabra, sin embargo, parece llena de la primavera que él ha perdido. Se incendia de entusiasmo y de fe, y posiblemente, en ocasiones, debe florecer...

—Hace veinticinco años—nos dice don Ramón—que estuve por primera vez en México. Y usted no sabe cuán grato a mi espíritu es regresar de nuevo a este país, en donde encontré mi propia libertad de vocación. Debo, pues, a México, indirectamente, mi carrera literaria. ¿Por qué? Voy a decirlo enseguida: Mis padres allá en España querían que yo me recibiese de abogado, es decir, que yo terminase esa carrera espantosa a la cual no tenía ninguna inclinación, a pesar de que ya sólo me faltaba el último examen. Pues bien, para no terminarla, me trasladé a México con el dinero que me dieron para recibirme, y aquí empecé a seguir mi propio camino, es decir, el literario, no sin antes haber pasado por algunas vacilaciones, ya que solicitaba también muy poderosamente a mi espíritu la carrera de las armas...

Valle Inclán, por una lógica asociación de ideas, nos habla después de su antigua estancia en México. Según él, lo mejor de su existencia, lo vivió aquí. Fué en suelo mexicano en donde empezó a amar, a sentir y sufrir. Y donde recibió también la primera impresión que suscita el espectáculo de la natu-

raleza virgen, la selva inexplorada, la montaña inaccesible. Esta sensación la ha traducido admirablemente, como se sabe, en una de sus sonatas, en donde, al hablar de aquélla la embellece más, gracias a las inusitadas y brillantes pompas de su estilo.

Después que ha guardado un prolongado silencio, somos nosotros quienes le preguntamos:

—¿Ha notado usted una profunda diferencia entre el México que usted conoció y el actual?

—Sí. En el orden material, sería infantil responderle esa pregunta, supuesto que usted mismo sabe el progreso que, en solo pocos años, ha logrado México. Las necesidades de explotar sus inmensas riquezas, de producir, en fin, ha hecho el milagro de que la agricultura se haya intensificado y de que las industrias sean actualmente numerosas. El cambio que yo noto en México, y del cual me congratulo, es en el orden del espíritu. Por lo poco que he visto y lo que sé a través de libros y periódicos, noto que este gran país tiene ya una poderosa individualidad. El pueblo mexicano puede decirse, que ha despertado com-

pletamente y que posee una de las conciencias colectivas más desarrolladas entre los países del mundo entero. Y esto lo ha demostrado con hechos y también con ideas, supuesto que esta gran República ha producido no solamente hombres de acción, sino también hombres de pensamiento.

El más insigne de los estilistas españoles nos habla después de los motivos de su viaje. Ha sido convidado oficialmente para asistir a las grandes fiestas del Centenario de nuestra independencia.

«Al recibir dicha invitación—nos dice—no vacilé en aceptarla, no obstante algunos compromisos que tenía con uno de mis editores. Ella venía a llenar una necesidad interior que experimentaba desde hacía muchos años: volver a México. ¡Imagínese, pues, la alegría que sentí!

«Aquí, en este país, yo me llegué a connaturalizar, no obstante el poco tiempo que estuve, con sus costumbres. Aparte de esto el palpitante espectáculo de su pasado, que se encuentra en las piedras de las iglesias, en los edificios coloniales, etc., me hicieron amar este suelo, en donde encontré mudas, pero significativas enseñanzas de arte y de belleza».

Valle Inclán nos habla después del proyecto suyo de escribir un libro, en el que figuren algunos motivos mexicanos. El cree que hay muchas cosas que decir, que revelar respecto a nuestra alma nacional, y que un observador, si reúne además la condición de ser artista, es decir, de reflejar por medio del verbo humano lo que ha visto, lo que ha sentido, lo que ha amado, puede adquirir una personalidad más vigorosa por el solo hecho de haber escrito sobre tales cosas.

Antes de despedirnos de Valle Inclán, notamos en él una transformación. Se ha rejuvenecido en diez años. Y sólo la magia de su palabra encendida, cordial, juvenil, ha logrado hacer el milagro...

ROBERTO BARRIOS

(El Universal. México, D. F.)

500 colones

500

mensualmente regala entre sus clientes la FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de ₡ 50 c/u.

Si el número del tiquete de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.

Si Ud. desea arrendar su Casa o Finca, REGISTRELA con nosotros. Se la venderemos al mejor precio

JOSE ANDRES CORONADO

AGENTE PARA LA COMPRA Y VENTA DE

PROPIEDADES

TIENE EL GUSTO DE OFRECER A UD. SU

REGISTRO DE PROPIEDADES

Teléfono 511

SAN JOSE

Frente al Palacio de Justicia

Si Ud. desea comprar una Casa o Finca, consulte nuestro REGISTRO y encontrará siempre lo que desea